



PROGETTO
MAMBRINO

HISTORIAS FINGIDAS



De ciudades y caminos: geografía urbana y viaje en *Adramón*

Jesús Ricardo Córdoba Perozo
(Universidad Complutense de Madrid)

Abstract

A partir del periplo del protagonista de *Adramón*, un libro de caballerías castellano manuscrito de comienzos del siglo XVI, se propone una reflexión sobre el papel que las ciudades, ampliamente representadas y descritas en la trama, juegan en el desarrollo del personaje principal de esta obra. Se destaca, además, el interés del autor anónimo por configurar un mundo literario realista, propuesta de ficción que encuentra fundamento en las herencias de los libros de viaje medievales y de las cuales se vale el escritor para crear el entorno urbano en el que se desenvuelve el caballero.

Palabras clave: *Adramón*, libros de caballerías, ciudad, geografía, libros de viaje, realidad histórica, ficción caballeresca.

Adramón, a manuscript romance of chivalry written at the beginning of the 16th century, gives rise to a reflection on the role that cities play in the development of the main character of the work, widely represented and described in the plot line and issues. In addition, the anonymous author's interest in configuring a realistic literary world marks out a work that finds its foundation in the legacies of medieval travel books which are used by the author to create the urban environment in which the protagonist develops.

Keywords: *Adramón*, romances of chivalry, travel books, historical reality.



Introducción

A comienzos de la década de 1580 el papa Gregorio XIII encargó al matemático, cosmógrafo y sacerdote perugino, Ignazio Danti, la elaboración de una serie de cartas geográficas de toda la península itálica, con el objetivo de que éstas decoraran una larga estancia del Palacio Apostólico de Roma. Después de tres años de trabajo, el sumo pontífice pudo contemplar el maravilloso resultado: cuarenta paneles pintados al fresco que representan las distintas regiones italianas, así como sus ciudades y puertos de importancia se aferraban a las dos paredes laterales del extenso corredor de 120 metros de largo por seis metros de ancho. Por

las mismas fechas, resguardado en algún anaquel de una desconocida biblioteca de la misma ciudad, yacía el manuscrito de un anónimo libro de caballerías castellano que la posteridad ha bautizado con el nombre de su héroe protagonista: *Adramón* (Lucía Megías, 2000, 50).

Al igual que la Galería de los Mapas (nombre con el que se conoce al corredor vaticano decorado bajo las instrucciones de Danti), las páginas del *Adramón* ofrecen un recorrido por la península italiana. El periplo del joven aspirante a caballero lleva a los lectores de este peculiar libro de caballerías de viaje por las principales ciudades italianas del *Quattrocento* y del *Cinquecento*. Sin embargo, a diferencia de la Galería de Danti, la representación de los espacios urbanos de Italia en el *Adramón* no se construye a partir de un plano estático o de la belleza de una imagen capturada para la eternidad. En las líneas que describen el viaje de Adramón y los suyos bulle la agitada vida de las cortes del Renacimiento italiano y sus más variados aspectos: la moda veneciana, los estudios de Padua, el espíritu caballeresco ferrarés, el palacio ducal de Urbino, las fiestas romanas, las populosas calles de Nápoles o la forma de gobierno sienés son detalles que se incluyen en la narración.

Teniendo en cuenta lo anterior, la pretensión de este texto no es otra que la de evidenciar el profundo sentido realista que subyace a la configuración de la geografía caballeresca del *Adramón*, atendiendo específicamente a la representación de las ciudades y su función dentro de la trama. Como se verá a continuación, el papel que desempeñan las urbes italianas en el argumento es fundamental para el desarrollo de la axiología del personaje principal y su crecimiento como caballero andante. Asimismo, se señala la importancia que para la génesis de este libro de caballerías tiene la influencia de otros géneros literarios del momento, como los libros de viajes, así como el ambiente cultural y literario de la Italia de los siglos XV y XVI.

***Adramón*, un libro de caballerías muy particular**

Sobre el *Adramón* se tejen más incógnitas que certezas. Hoy por hoy se desconoce la identidad de su autor, su fecha de redacción y su lugar de

composición. Algunas alusiones al interior del texto ratifican la nacionalidad castellana de la pluma que lo escribió («Este noble rrey traya un mote en lengua gryega que tornado en *la nuestra castellana dyze*» *Adramón*, I, 16, cursiva mía); así como su posible ocupación como hombre de armas, por los saberes que demuestra del oficio en algunos capítulos. La data de la obra ha sido objeto de debate entre distintos investigadores y las propuestas de esta oscilan entre finales del siglo XV y 1530¹. En cuanto al lugar, parece muy probable que *Adramón* se haya compuesto en tierras italianas, tanto por el exhaustivo conocimiento que el narrador demuestra de la geografía rural y urbana de la península como por el «sentir extranjero» del mismo en algunos pasajes de la obra².

La composición del libro en algún lugar de Italia habría inspirado la configuración del cronotopo caballeresco. Como escenario de las aventuras de los personajes, tres son los espacios de primer orden: el reino de Polonia, como lugar de origen del linaje protagonista, punto de partida y de llegada de la narración; las cortes italianas, lugar de crianza del héroe desterrado y donde alcanza la plenitud al ser proclamado confaloniero de la Iglesia y rey de los Estados de su padre; y el reino de Inglaterra, país en el que *Adramón* es armado caballero y donde se enamora por primera vez. Cabe aclarar que otros lugares aparecen también de forma episódica en la narración: para viajar de Italia a Inglaterra, el héroe y los suyos atraviesan el sur de Francia, el norte de Aragón y Castilla e incluso visitan la tumba del apóstol Santiago en la ciudad homónima; para volver a Roma después de ser investido por el rey inglés, el novel caballero pasa por Flandes, Bretaña, Francia y Alemania, donde participa y triunfa en torneos caballerescos.

De esta manera, la trama de este particular libro de caballerías transcurre enteramente dentro de los márgenes del viejo Occidente medieval. Esta circunstancia no es innovadora pues se halla presente en

¹ Anderson (1992) sostiene que el libro tuvo que componerse poco antes de 1492; Lucía Megías (2001) en su análisis del código afirma que *Adramón* puede datarse a principios del siglo XVI mientras que Cacho Blecua (1995) sostiene que el libro solo encuentra sentido después de las primeras ediciones de *Amadís*, (¿Sevilla, 1496?; Zaragoza, 1508) e incluso adelanta la posible datación hasta 1530.

² Ya se ha visto cómo el anónimo narrador se refiere a la lengua castellana como *nuestra*. Más adelante, durante las descripciones de algunas ciudades, acudirá a las comparaciones entre aspectos de las urbes italianas y las castellanas. Las citas se encuentran a lo largo del artículo.

otros títulos del género como el *Félix Magno*, el *Clarián de Landanís*, el *Florambel de Lucea*, el *Palmerín de Inglaterra* o el *Polismán de Nápoles* (Marín Pina, 2018, 101-102). Lo realmente innovador es el tratamiento de esta geografía literaria, que escapa a las funciones meramente referenciales o nominales de otros ejemplares del género y ahonda en la construcción de un paisaje más realista. Así pues, no se trata únicamente del amplio uso de topónimos sino también de la relación, más o menos exhaustiva, de la situación de las ciudades que visita el joven caballero: su estatus político, su posición geográfica, la presencia de monumentos religiosos y civiles o sus costumbres.

Entronca así el *Adramón* con una serie de libros de caballerías en los que el interés por la constitución de una geografía verosímil o de tendencia realista es más evidente. En esta línea se sitúan títulos posteriores como el *Felixmarte de Hircania*, en el que «las toponimias y las indicaciones de lugar introducidas en la obra coinciden ampliamente con la geografía real y son perfectamente ubicables y corroborables en los repertorios geográficos de la época» (Aguilar Perdomo, 2005, 237); o *El Caballero de la Fe*, del sacerdote Miguel Daza, en cuya composición se intuye el uso de fuentes como la *Suma de geografía* de Martín de Enciso, la *Cronografía* de Jerónimo de Chaves o los *Historiarum* de Paolo Giovio «en un fiel reflejo del creciente interés que la ciencia cosmográfica despertó en el Renacimiento, al calor de los recientes y constantes descubrimientos que acontecían en la realidad extraliteraria» (Martínez Muñoz, 2017, 21).

Sin embargo, *Adramón* no es solamente un antecedente solitario de obras como las de Ortega y el padre Daza. La evidente preocupación por una geografía realista en la composición poética es un rasgo que el anónimo autor hereda de otras fuentes caballerescas previas, como lo es el *Guarino Mezquino*, traducción castellana del original florentino, *Il Guerrin Meschino*, escrito por Andrea da Barberino a comienzos del siglo XV. Dado el conocimiento que demuestra el autor anónimo del *Adramón* sobre Italia, como de sus lenguas y su cultura literaria, valdría la pena preguntarse a qué *Guarino* acudió durante la composición de la obra: si al *Meschino di Durazzo*, la versión en lengua italiana redactada por Barberino, o bien, a la traducción castellana de Sevilla, firmada por Alonso Hernández y salida de las prensas de Jacobo Cromberger en 1512. Lo cierto es que, como

apunta Nieves Baranda (2002, 298), para la fecha de publicación de la versión sevillana en castellano (la primera de tres ediciones conocidas en el siglo XVI en español) circulaban por Italia ya, al menos, 25 ediciones del *Guerrin* italiano.

Más allá de las distancias entre las dos versiones, que según Baranda serían pocas puesto que un cotejo entre dos testimonios de ambas demuestra que Hernández «fue muy fiel al original, sin supresiones ni adiciones notables» (2002, 298), no hay que perder de vista el hecho de que el *Guarino* funge como modelo caballeresco para la construcción del *Adramón*. La geografía de tintes realistas es solo uno de los factores en los que se inspira el autor anónimo en la obra de Barberino, pero, hay más: el protagonismo de un único caballero (y la notable ausencia del entrelazamiento), la búsqueda del verdadero linaje como motor de casi toda la acción, la aparición de la figura de las sibilas y la poca importancia que se le concede al amor, son algunos de los elementos que enlazan ambas obras caballerescas y que distancian al *Adramón* de otros modelos fundacionales del género como el *Amadís* refundido por Montalvo. No es este el espacio para profundizar en las deudas y en las reflexiones que el *Adramón* hace del *Guarino* como su modelo, pero es importante señalar el vínculo porque puede explicar la disposición del anónimo español hacia la geografía y su función en el relato caballeresco.

Como *Adramón*, *Guarino* es un caballero con amplia experiencia viajera. La visita de todas las partes del mundo conocido en el libro ha hecho plantear a algunos investigadores el uso de la cartografía medieval de raíz ptolemaica como fuente para Barberino (Baranda, 2002, 293 citando a Hawickhorst, 1902, 689-784). De esta manera, el joven caballero se mueve en la narración «dentro de los límites de la realidad y la fantasía medievales» (Llácer Carbó, 2017, 87). La cueva de la Sibila al sur de Italia, el purgatorio de San Patricio en Irlanda o el reino del Preste Juan de las Indias son solo algunos de los lugares maravillosos, pertenecientes al acervo cultural medieval, que visita *Guarino* en la búsqueda de su linaje. La presencia de la geografía imaginaria no riñe con el consistente cronotopo real en el que transcurren la mayor parte de las aventuras pues, de hecho, los ámbitos hoy considerados imaginarios estaban perfectamente integrados en la concepción espacial del hombre

tardomedieval.

Para Mauro Cursietti, la integración de elementos tan heterogéneos y dispersos en la tradición cultural medieval sólo puede explicarse a partir del deseo de captar la atención global de un público cada vez más diverso, así como el deseo del propio Barberino de constituir en su *Guerrin* un universo complejo y «omnicomprensivo»:

Il pellegrinaggio in tutte e tre le parti del mondo allora conosciuto di un cavaliere discendente dai Reali di Francia in cerca della sua origine, i riferimenti alla Sibilla, al Pozzo di san Patrizio e ai leggendari Alberi del sole e della luna sono perfettamente rappresentativi dei diversi patrimoni di fonti cui attinse Andrea e che dovettero esercitare grande suggestione sul suo pubblico: anzitutto la rielaborazione della materia cavalleresca, su cui egli impianterà il suo grande ciclo narrativo; quindi il soprannaturale classico, quello cristiano e infine la mitologia dell'Oriente [...] nel *Meschino* l'aspirazione alla costruzione di un edificio narrativo omnicomprensivo è ancora più evidente, tanto che indagare e arrivare a stabilire con precisione la nutrita serie di fonti leggendarie sfruttate in questo romanzo è impresa assai dispendiosa (Cursietti, 2005, XV-XVI).

En contraste, el autor de *Adramón* no comparte esas aspiraciones de reconstruir en letras toda la tradición geográfica del mundo circundante. Al menos, no de forma tan ambiciosa. El registro espacial manejado por el autor anónimo se circunscribe al viejo Occidente medieval y lo maravilloso, aunque aparece, se reduce notoriamente respecto al modelo que representan el *Guarino* y el *Guerrin*. Por su parte, el sentido del viaje y su importancia para el personaje principal sí permanecerá en ambas obras: tanto para Guarino como para Adramón las peripecias por el mundo significarán algo. Cabría pensar fácilmente que la vocación geográfica «más realista» del *Adramón* parte también del ejemplo de su modelo en el uso de fuentes cartográficas, pero la respuesta no es tan sencilla.

A pesar de la patente influencia del *Guarino Mezquino* en *Adramón*, dentro del libro no se percibe, al menos de forma directa, el uso de fuentes cartográficas, fenómeno que, como ya se mencionó, se manifestará también en obras más tardías como el *Felixmarte de Hircania* de Ortega o *El caballero de la Fe* firmado por Daza. Parece, más bien, como ya ha apuntado Sales Dasí, que algunos elementos empleados por el autor a la hora de configurar aspectos importantes de la geografía de la narración

proviene de los libros de viajes. Según el investigador:

la variedad de escenarios que pasan a formar parte de la ruta italiana de nuestra *Crónica* sitúa a su creador más cerca de aquellos viajeros que vertieron sobre el papel su experiencia personal que de esos otros autores de libros de caballerías que inventaron fantásticas geografías en sus relatos (2002, 399).

En este sentido, es plausible que el autor anónimo tuviera presente a la hora de componer las aventuras de Adramón, relatos de viajes de pretensión realista (a diferencia de otros que dan mayor cabida a lo maravilloso) como la *Embajada a Tamorlán* de Ruy González de Clavijo y las *Andanças é viajes* de Pero Tafur (García Sánchez, 2010). Mención especial a este respecto merece *El Victorial* de Gutierre Díez de Games, biografía caballerescas centrada en la figura del conde Pero Niño, escrita en el siglo XV a medio camino entre la ficción y la crónica histórica y que cuenta, como el *Adramón*, con una herencia notable de los libros de viajes. Detalles como la descripción de un itinerario de viaje (principalmente en la parte segunda de *El Victorial*, que narra las campañas marítimas del protagonista), el uso del tópico del *laudibus urbium* a la hora de dibujar con letras las ciudades, el ascenso de una ligera preocupación por la cronología o la introducción de *mirabilia* son algunos elementos que, de los libros de viajes, se incorporan en el armazón caballeresco de *El Victorial* (Beltrán, 1991, 131-137).

Así pues, no hay que perder de vista que es posible que *El Victorial* haya ejercido algún tipo de atracción estética y literaria en el autor anónimo de *Adramón*. En ambos casos se trata de obras adscritas a la literatura de caballerías, de cariz realista, biografías únicas de un personaje y en las que se cuelan bastantes elementos de los libros de viajes que, a la postre, terminan haciendo tambalear su adscripción genérica. Naturalmente, la respuesta es clara también para ambos textos. «*El Victorial* no es un libro de viajes, porque su autor se ha preocupado de reelaborar e insertar dentro de la trayectoria de una biografía todo un material que sólo potencialmente pudo haber tenido las características de libro de viajes», y, además, «porque cada episodio del viaje de Pero Niño está, por su forma y por su sentido, destinado a recalcar las virtudes caballerescas del biografiado» (Beltrán, 1991, 137). De igual forma, *Adramón* tampoco es un relato de viajes. Ni

quiera el libro IV, en el que se concentran con mayor densidad los elementos importados del género viajero. El largo periplo de Adramón adquirirá todo su sentido cuando se convierta en el caballero líder de la cruzada convocada por el papa Inocencio y encuentre sus verdaderos orígenes. El viaje se subordina al sentido caballeresco.

Cabe anotar que la influencia de los libros de viajes sobre el *Adramón* ha sido también señalada ya por otros autores. Anderson se refiere a ella en su introducción a la edición moderna del manuscrito que preparó e incluso sugiere una conexión con *El Victorial* (1992, XIV); Marín Pina (2018, 127) llega a definir este libro de caballerías como una obra entre «las fronteras entre la narrativa caballeresca y la literatura de viajes»; al igual que Lucía Megías (2006, 184), para quien el texto «ofrece un sincretismo singular entre un texto caballeresco y un relato de viajes». Ahora bien, habiendo establecido las posibles fuentes de inspiración para la configuración del realismo geográfico en el libro de caballerías, es conveniente detallar cómo éste se hace visible en su desarrollo, qué mecanismos emplea para su constitución, así como esbozar el rol que desempeña en la narración.

Las ciudades italianas en *Adramón*

A diferencia de otros caballeros andantes de papel, para quienes las aventuras aguardan en parajes desconocidos, deleitosas florestas o castillos encantados³, en *Adramón* son relativamente pocas las hazañas que el héroe protagonista acomete en este tipo de lugares. El joven heredero de Polonia sería, más bien, un caballero cortesano, acostumbrado a la participación en justas y torneos organizados por las distintas casas nobiliarias de Europa. No socorre frecuentemente a alguna doncella menesterosa perdida en un camino ni vence a monstruosos animales. Adramón migra de corte en corte, de ciudad en ciudad, y es en estos espacios donde se da

³ Serían aquellos títulos más fieles al modelo amadisiano. Piénsese, por ejemplo, que el *Primalción*, segundo libro del ciclo de los palmerines y publicado por primera vez en Salamanca en 1512, comienza con la aventura del encantamiento de la princesa Francelina, custodiada por fuerzas mágicas en una fortaleza.

a conocer y donde su fama se acrecienta. Naturalmente, existen eventos que ocurren fuera de las ciudades y que atañen directamente a Adramón o a su familia: las apariciones de las sibilas o la batalla final contra los cismáticos son algunos ejemplos. Pero, en cualquier caso, son las ciudades las que adquieren relevancia como espacios de acción. Y muchas veces, como más que eso, como auténtico interés del narrador.

No obstante, el tratamiento de las ciudades es desigual a lo largo de toda la narración. Solamente las ciudades italianas, mayoritariamente presentes en el libro IV, reciben toda la atención del anónimo autor, quien aprovecha el viaje de sus personajes para ofrecer a sus lectores todo tipo de detalles sobre las mismas. El resto de espacios urbanos, como por ejemplo las ciudades de Polonia o la corte londinense, no son descritos ni valorados. Curiosa resulta también la ausencia de relaciones sobre las ciudades aragonesas y castellanas que visitan los personajes, si tenemos en cuenta la nacionalidad del autor. Sin embargo, el narrador explica más tarde que la ausencia de detalles sobre estas urbes se debe a que su público lector estará familiarizado con ellas y que, por tanto, no es necesario ofrecer detalles sobre aquellos lugares: «D'aquí adelante no dyré nada de nynguna cibdad de Francya ny d'España ny de las noblezas dellas ny cosas devotas, porque quien esto leyere será español –pues en lengua castellana está– y ser enojosa escritura leer lo que él sabe» (*Adramón*, IV, 341).

De la cita anterior puede deducirse parte de la intención del autor con las extensas descripciones de su libro de caballerías: la de instruir a sus lectores, darles a conocer el aspecto y las costumbres de Italia, región de vital importancia para el desarrollo cultural español y para las pretensiones políticas de sus monarcas de entonces. Solo esta motivación explica el hecho de que algunas ciudades que, aunque a simple vista no tienen importancia para el desarrollo de los personajes o de la trama, sean ampliamente descritas en la narración. Para comprender mejor este fenómeno, es necesario acudir a la descripción de las ciudades italianas presentes en el *Adramón* y comprender el mecanismo de su funcionamiento.

Se ha señalado ya previamente el enorme peso que sobre este libro de caballerías ejercen los libros de viajes. Esta influencia se hace patente en la relevancia que en la narración adquieren las ciudades. Recuérdense

que, en los libros de viajes, «la ciudad se convierte en el índice de referencia esencial a través del cual progresa la descripción del itinerario. De esa manera, las ciudades se van constituyendo en los verdaderos núcleos narrativos en torno a los que se organiza el resto del relato, la relación del viaje» (Pérez Priego, 1984, 226). Lo mismo ocurre en *Adramón*. Aunque se trata de un fenómeno recurrente a lo largo de la narración, es en el libro IV, durante el periplo formativo del joven protagonista, cuando se evidencia más esta herencia de los libros de viaje medievales.

Sin embargo, las herencias del género no se limitan a la relevancia del espacio urbano como núcleo narrativo sino también a la forma en que éste es presentado e incorporado en el marco de la narración. Al igual que en los libros de viajes, en *Adramón* la descripción de las ciudades se hace bajo los parámetros del *laudibus urbium*, un tópico que se encuentra ya en la poesía romana y la antigua retórica (Curtius, 2017, 228). El consagrado esquema, mediante el cual se hacía una relación de las ciudades, debía hacer referencia «a la antigüedad y fundadores de la ciudad, [...] a su situación y fortificaciones, [...] a la fecundidad de sus campos y sus aguas, [...] a las costumbres de sus habitantes, [...] a sus edificios y monumentos, [...] a sus hombres famosos» (Pérez Priego, 1984, 227). En los siglos medievales el esquema se modificó dando cabida a un «sentido eclesiástico: el mérito mayor de una ciudad son ahora sus mártires (y las reliquias de los mártires), sus santos, sus príncipes de la iglesia y sus teólogos» (Curtius, 2017, 228).

Ahora bien, para apreciar el uso que el autor anónimo del *Adramón* hace del *laudibus urbium* se ofrece a continuación un fragmento de la imagen de Ferrara transmitida por el narrador en el momento de la llegada de sus personajes a la ciudad:

Llegado Fedrique a Ferrara: vyo la cibdad, que es muy hermosa cosa de muy buen asiento, de más de XII myll vezinos, cabe un gran rryo que se llama Pon, que la mayor parte della çerca byen çercada y torreada, de que mucho se contentó. Vyo el palacyo del duque, y a él, byen aconpañado de señores y cavalleros; aunque otras çibdades tyene, en aquella está de asyento. Tyene CCC myll ducados de rrenta (1992, 272).

Como puede verse en el fragmento anteriormente citado, muchos de

los elementos señalados por Pérez Priego y por Curtius del esquema *laudibus urbium*, importado de los libros de viajes, está presente en esta descripción de Ferrara en el libro de caballerías. Se propone ahora, como ejercicio ilustrativo, la descripción que de la misma ciudad realiza el hidalgo castellano, Pero Tafur, en su conocida obra, *Andanzas y viajes*, compuesta varias décadas antes de la redacción del *Adramón*:

Esta çibdat es de las gentiles que yo e visto por el mundo, e es de grandeza como Valladolid, pero muy bien encasada e muy gentiles calles e muy bien murada con barrera e fossado, un castillo a un canto sobre la rivera de Po, muy fermoso de dentro e muy mucho más de fuera; la tierra muy gruessa de lavor, e entorno de muchas huertas de todas frutas. Esta çibdat es tributaria al Papa, e dicen que estava en çiento e çinquenta mil ducados, e de poco en poco se deçendió á diez é seys mil, é agora queda en tres mil, é adelante diré la raçón como (Tafur, 1874, 223).

Y aunque para Molina la descripción que Tafur hace de Ferrara pueda considerarse parca (2014, 288), por no ser tan generosa como la de otras ciudades visitadas por el castellano, ofrece los suficientes detalles para evidenciar como el anónimo autor de *Adramón* se ha valido de un género literario de acento realista para configurar el cronotopo caballeresco de su obra. Datos como la renta de la ciudad, su apariencia o su situación geográfica, son explicitados por ambos viajeros. Estamos entonces frente a una reacomodación del consabido tópico del *laudibus urbium*, reacomodación que obedece a los intereses individuales y estéticos de cada autor. Para comprender mejor la magnitud de este fenómeno en el libro de caballerías que nos ocupa, se presenta en seguida una tabla con los cuarenta y un topónimos italianos del libro IV, señalando además qué partes del esquema se referencian levemente o a profundidad en cada uno:

Ciudad	Antigüedad, fundadores, historia y política	Situación y fortificaciones	Campos y aguas	Costumbres	Edificios y monumentos	Hombres famosos Reliquias
Venecia		X		X	X	
Padua		X	X	X	X	X
Ferrara	X	X	X	X	X	
Rávena	X	X				
Rimini	X	X				
Urbino	X			X	X	
Gubbio	X					
Perugia	X				X	
Asís	X				X	X
Foligno	X	X				
Spoletto	X	X		X		
Roma	X	X		X	X	X
Marino	X					
Terracina	X	X				
San Gernán					X	
Gaeta					X	
Pozzuoli					X	
Nápoles	X	X	X	X	X	
Castelamar						
Salerno	X	X				
Cosenza						
Reggio di Calabria						
Mesina		X	X	X	X	
Catania	X	X		X		X
Agrigento	X	X	X			
Palermo		X	X	X	X	
Monreale	X				X	
Civitavecchia						
Viterbo	X				X	X
Montefiascone	X		X			
Siena	X			X	X	
Florecia		X		X	X	
Bolonia	X		X		X	
Reggio	X					
Módena	X					
Parma	X					
Piacenza	X					
Castel San Giovanni						
Tortona						
Alessandria		X				
Asti		X				

Tabla 1. Topónimos italianos del libro IV de *Adramón*

Como puede apreciarse en la anterior tabla, ninguna ciudad cumple con todos los elementos que debería contener un *laudibus urbium* completo. Sin embargo, esta situación no debe llevar a engaño. Tampoco en los libros de viajes, como ya se ha visto, la *descriptio urbis* atiende a todos los parámetros en todos los lugares visitados. Además, la extensión de cada una suele variar dependiendo del interés del autor. Veamos, por ejemplo, la descripción que se realiza de la ciudad de Bolonia:

Boloña es una gran çibdad del papa, de gran poblacyón. Govyérnase como Florency a o Sena en todo; tyene un palacyo donde byven los que govyernan - bueno. Çerca dél está la yglesya mayor, que se llama San Petronyo: para en aquellas partes harto buena. Ay un estudio -dygo, letores, que no ay escuelas ordenadas como acá- de muchos estudyantes y muchos doctores con grandes partydos. Ay algunas casas muy buenas, en especyal unas de Bentenollo. Ay buenos monesteryos: en especyal Santo Domyngo. Ay buenos ospitales y muchos. Pasa por casy en medyo de la çibdad un rryo, en el qual ay muchos molinos. Dentro de la çerca ay un colegio bueno que llaman el palacyo d'España, porque lo hizo el cardenal Albornos, gran hombre en la corte rromana. En el colegio no pueden estar syno españoles, los quales an de ser presentados por los prelados adonde el cardenal tuvo la dynydad y llevó rrentas. De ally fueron a Rrejo y a Modana: dos cibdades que tyene el duque de Ferrara: una del iglesya y la otra del inperio (*Adramón*, IV, 333).

La información que se brinda de la ciudad es amplia y se corresponde con algunos de los elementos planteados para la *descriptio urbis*. El narrador comienza introduciendo la situación política de la ciudad: de entrada, los lectores saben que Bolonia se halla bajo jurisdicción y protección papal. No se dice nada de su antigüedad o de su historia, pero se hace referencia a su política: la forma de gobierno es similar a la de Florencia y Siena. Un lector avezado recordará que algunos folios atrás se ha descrito precisamente la forma de gobierno sienesa: «Eligen de los de la çibdad los que mejores les parecen para el gobyerno de la çybdad, los quales están en un palacyo bueno que tyenen para los que govyernan, que llaman los señores». Información que se complementa con analogías con las figuras de poder castellanas: «Para las cosas de crymen y cyvyles tyenen un potestad que es como corregidor. Él tyene dos colatorales, como acá alcaldes» (*Adramón*, IV, 329-330). Así pues, la descripción del gobierno de

Bolonia se vale de datos ya ofrecidos para el caso de otras ciudades.

Sin embargo, otro tipo de información, atada a los demás elementos del *laudibus urbium*, apenas se esboza o no se menciona siquiera. No se hace ninguna acotación sobre la situación geográfica de la ciudad y no se explicitan sus fortalezas. Esta última situación no deja de ser, por demás, curiosa. Recuérdese que, gracias a las disputas entre familias por el control de la ciudad, Bolonia llegó a ser una urbe densamente poblada por torres de piedra, de las cuales hoy Asinelli y Garisenda son apenas testigos mudos y vestigios silenciosos de una historia turbulenta. La única mención al aspecto militar es, quizá, aquella vaga referencia a una «cerca» dentro de la cual se halla el Colegio de España. Sobre los campos y las aguas y las costumbres tampoco se profundiza mucho. El autor anónimo se limita a decir que Bolonia es atravesada por un río (del cual ni menciona su nombre, como sí ocurre con la descripción de Ferrara) y que en su entorno proliferan los molinos.

A lo que sí se presta gran atención es a los edificios y monumentos que pueblan la ciudad. El primero en aparecer es el palacio de gobierno de Bolonia, «un palacyo donde byven los que govyernan» (*Adramón*, IV, 333), el cual recibe un juicio estético favorable. Es muy probable que, con esta mención, el autor se refiera al Palazzo del Podestà, bella edificación de toques medievales y renacentistas que todavía hoy flanquea uno de los costados de la piazza Maggiore. El narrador parece estar de pie, precisamente, en esta plaza pues luego nos describe que «Çerca dél [el palacio] está la yglesya mayor, que se llama San Petronyo: para en aquellas partes harto buena» (*Adramón*, IV, 333). A ojos del autor de *Adramón*, la ciudad tiene un buen aspecto arquitectónico. Posteriormente, se relacionan algunos detalles de la universidad de la ciudad y, para explicar su funcionamiento, el autor nuevamente acude a la comparación con realidades conocidas por sus futuros lectores, los castellanos: «Ay un estudio –dygo, letores, que no ay escuelas ordenadas como acá– de muchos estudyantes y muchos dotores con grandes partidos» (*Adramón*, IV, 333). En este sentido, la ciudad entronca con descripciones previas como la de Padua, en la que destaca el carácter estudiantil de la urbe.

El interés por los edificios y monumentos continúa. El narrador se preocupa más tarde por relatar que en Bolonia «Ay algunas casas muy

buenas, en especyal unas de Bentenollo» (*Adramón*, IV, 333). Con esta escueta mención, se suman así los Bentivoglio al elenco de familias italianas principescas del renacimiento que figuran en *Adramón*. Como se verá un poco más adelante, el contacto de los personajes con algunas de ellas será crucial para su devenir. Cabría pensar, además, que tras el anuncio de estas «casas muy buenas» se esconde el recuerdo del Palazzo Bentivoglio, un hermoso edificio renacentista que terminó convertido en ruinas luego de unas revueltas populares contra la familia ocurridas en 1507. Estos acontecimientos no solo terminaron con una joya de la arquitectura boloñesa sino también con el dominio efectivo de los Bentivoglio sobre la ciudad, quienes ya habían perdido la hegemonía un año antes. La familia terminó exiliada en los dominios de los Este después de haber gobernado la urbe universitaria por poco más de un siglo. Sin embargo, el narrador de *Adramón* no hace mención alguna de estos acontecimientos y se refiere a las casas de los Bentivoglio como si los miembros del linaje aún permanecieran en la ciudad. Muy probablemente el silencio de estos acontecimientos y el hecho de que se describa a Bolonia aún con la presencia de esta familia se deba a la pretensión autorial de ambientar los hechos que narra en la segunda mitad del siglo XV.

Otras edificaciones también encuentran cabida dentro del interés del narrador: «Ay buenos monesteryos: en especyal Santo Domyngo. Ay buenos ospitales y muchos» (*Adramón*, IV, 333). La iglesia de Santo Domingo es el segundo monumento de carácter religioso que se menciona en la narración, aunque, como ocurre con los otros edificios boloñeses, no se dan más detalles de su construcción. Por otra parte, se nombra la presencia de varios hospitales en la ciudad. Posiblemente, el autor anónimo de *Adramón* tenía en mente el Ospedale di Santa María della Vita, el más antiguo de la ciudad (sus orígenes pueden rastrearse a las últimas décadas del siglo XIII), y también el Ospedale di Santa María della Morte, fundado una centuria después y en completo funcionamiento ya en el siglo XV.

Particular atención merece la descripción que se hace del Colegio de España de Bolonia. Sea porque tiene relación con la historia de Castilla o porque el autor anónimo se sentía vinculado a la figura del cardenal Gil Albornoz, el Colegio de España es el monumento boloñés del que se

demuestra mayor interés y del que se hace una relación un poco más extensa. El narrador comienza hablando de su ubicación al interior de la ciudad, «Dentro de la çerca ay un colegio bueno que llaman el palacyo d'España»; cuenta después la razón de su nombre y el carácter de su fundador, «porque lo hizo el cardenal Albornos, gran hombre en la corte rromana»; y, finalmente, se describe el funcionamiento de la institución: «En el colegio no pueden estar syno españoles, los quales an de ser presentados por los prelados adonde el cardenal tuvo la dynydad y llevó rrentas» (*Adramón*, IV, 333). La relación de esta institución finaliza la descripción de la ciudad de Bolonia, espacio en el que los personajes no han tomado un papel activo: podemos, simplemente, deducir que, como nosotros, han paseado por todos los monumentos cuya descripción se hace en el libro de caballerías.

Por otra parte, como se ha apuntado previamente, no todas las ciudades reciben la misma atención por parte del narrador. Cuando la acción se traslada a aquellas urbes que no despiertan gran interés para el autor anónimo, es común encontrar algunas fórmulas de abreviación. De Mesina, por ejemplo, se dice que los personajes «no vyeron en ella cosa que de notar sea» (*Adramón*, IV, 320). Lo mismo ocurre en Catania, pues al pasar por ella el narrador aclara que «No ay en ella cosa qué dezyr sea» (*Adramón*, IV, 324); o en Piacenza, cuya relación se omite al finalizar el viaje «porque no ay qué dezyr della» (*Adramón*, IV, 335). Ahora bien, habiendo visto la importancia que otorga el narrador a la imagen de las ciudades italianas en el libro de caballerías, es conveniente entonces explorar el sentido que estas descripciones adquieren al interior de la trama, cuál es su función y cómo intenta integrarlas el autor anónimo en el argumento caballeresco y en el desarrollo axiológico de los personajes.

El sentido del viaje por Italia en *Adramón*

Para una mejor comprensión del primer viaje de *Adramón* por Italia, he clasificado en dos tipos las ciudades, atendiendo a su función narrativa primaria. En primer lugar, se encuentran las ciudades de establecimiento. Se trata de urbes en las que los personajes viven un tiempo muy

prolongado y de las que se especifica su importancia para el desarrollo de la axiología del joven protagonista. En segundo lugar, se encuentran las ciudades de paso. Se trata de urbes que, como sus nombres lo indican, forman parte del trayecto o ruta seguida por Adramón y los suyos, pero de las cuales no se especifica que tengan impacto en el desarrollo del personaje. Según la tabla previa, de los cuarenta y un topónimos italianos que figuran en el libro IV, solo cuatro corresponden a ciudades de establecimiento; los treinta y siete restantes pueden considerarse a ciudades de paso.

A nivel narrativo, las ciudades de establecimiento suelen situarse a inicios del periplo: son las urbes de Venecia, Padua, Ferrara y Urbino. En todas ellas, Adramón y los suyos habitan durante estancias prolongadas (en Venecia ocho años, en Padua y Ferrara dos años y en Urbino al menos siete meses). Su importancia radica, además, en el impacto que tienen en la evolución del personaje. En Venecia, Adramón aprende las primeras letras; en Padua continúa sus estudios de Artes Liberales y aprende a montar a caballo; mientras que en Ferrara y en Urbino perfecciona sus modos de comportamiento en la corte gracias a sus contactos con los señores de ambas ciudades, trasuntos literarios de los Este y los Montefeltro históricos.

La aparición de estos linajes en *Adramón* no es gratuita. Recuérdese, por ejemplo, que fue su experiencia en la corte de los duques de Urbino, Guidobaldo de Montefeltro y Elisabetta Gonzaga, lo que motivó a Baldassare Castiglione a componer *Il cortigiano*, tratado dialogado de absoluta exquisitez donde se definen los modos propios que debe interiorizar y manifestar el cortesano ideal. Aún más comprensible resulta la aparición de los Este en *Adramón*, grandes aficionados a la literatura caballeresca: no hay que olvidar la dupla que formaban la duquesa Isabela de Este, mecenas de Ariosto y coleccionadora de libros (muchos de caballerías entre ellos) y su esposo, el duque Federico II de Mantua quien, de hecho, contaba con un ejemplar del *Guerrin Meschino* de Barberino en su biblioteca, libro del que ya he anotado algunas cuestiones previamente (Borsari, 2012, 197).

En contraste, las ciudades de paso no tienen, aparentemente, un gran peso para el desarrollo del personaje. De estas sobresaldrían únicamente

Rímíni, donde Adramón y Fedrique se enemistan con el señor de la ciudad, Segismundo Pandolfo Malatesta (problema que será resuelto en el libro VI); Spoleto, lugar en el que el joven aprendiz promete ponerse al servicio de las sibilas; Catania, ciudad en la que la alianza entre las sibilas y Adramón se pone a prueba; y Roma, sede de la Iglesia, centro de la cristiandad, que merece unos comentarios singulares más adelante.

En este punto cabe aclarar que esta clasificación entre ciudades de establecimiento y ciudades de paso no debe entenderse más que en un sentido pragmático, pues no necesariamente se corresponde con la atención dedicada por el narrador para la descripción de las mismas. Si bien las cuatro ciudades de establecimiento son referidas de forma generosa, ofreciendo detalles sobre su estatus político, su posición geográfica, su actividad económica, sus monumentos civiles o religiosos y sus costumbres⁴; las ciudades de paso también son objeto de amplio interés por parte del narrador. De esta manera, resulta curioso el hecho de que lugares como Nápoles, Siena, Florencia o Bolonia, que a simple vista no tienen un impacto profundo en la vida de Adramón, sean descritas con bastante interés y precisión, como ya hemos tenido oportunidad de apreciar.

Para analizar este fenómeno es pertinente señalar dos elementos. El primero de ellos es la intención autorial. Ya se ha visto antes cómo el narrador omite detalles sobre las ciudades de los reinos de Castilla y Aragón porque presupone que sus lectores ya las conocen. De esta manera, debe tenerse en cuenta que la descripción extensa de las urbes italianas no solo está en relación con las necesidades del desarrollo de Adramón como personaje literario, sino con las pretensiones del mismo autor anónimo de dar a conocer a su auditorio lugares, acontecimientos y anécdotas que él considera de interés. No puede olvidarse el hecho de que la ruta trazada por los personajes obedece también al juicio estético del

⁴ Curiosa resulta la descripción de la vestimenta veneciana. Llegados a la ciudad huyendo de Polonia, un comprometido ayo Fedrique y un pequeño infante Adramón se establecen en un mesón. Al otro día «Fedrique dexó al infante durmyendo, çerró la puerta, y fuese a la plaça de San Marco y compró una rropita a la venecyana, y un bonetyco y unas calçytas de aguja y un jubón y dos camysytas y para sy un bonete y una rropa negra [luenga] a la veneciana» (*Adramón*, III, 256). Durante la estancia veneciana, Fedrique y Venturín (el nuevo nombre de Adramón) visitan otros lugares de la ciudad como los almacenes del puerto o el puente de Rialto.

autor. Así pues, el viaje de Adramón se articula como una guía de viaje para los españoles que desean pasar a Italia. Llamo una vez más la atención sobre el hecho de que muchas de las ciudades de las que se omite su descripción es porque, a juicio del autor, «no ay qué dezyr della» (*Adramón*, IV, 335). De esta manera, *Adramón* opera como un sugerente repositorio de información turística para los lectores castellanos de entonces: el narrador ofrece detalles sobre qué ciudades resultan interesantes, qué monumentos vale la pena ver, qué reliquias guardan las urbes e incluso algunas de sus costumbres. Todo ello, además, recuérdese, en frecuente diálogo con lo que se puede encontrar en Castilla, para mejor comprensión por parte de los receptores⁵.

El segundo elemento es el sentido del viaje. Valdría la pena preguntarse ¿cuál es el sentido del viaje para el autor anónimo de *Adramón* y qué persigue a través del periplo de su personaje homónimo? Así, es necesario comprender que nada se dispone de manera gratuita en el libro. La selección de las ciudades es acorde con la experiencia viajera del autor que ha filtrado los elementos a través de su propio conocimiento. En ese sentido, a pesar de que no se explicita continuamente en la narración, la estadía en las ciudades de paso es también un aprendizaje para Adramón. El joven aspirante a caballero crece a medida que visita nuevos lugares, nuevas ciudades, aprende nuevas costumbres y observa. Así al menos lo quiere Fedrique, su ayo y padre adoptivo. De hecho, es la necesidad de aprender y de conocer un estilo de vida más acorde con el origen del desterrado heredero lo que motiva a Fedrique a abandonar la ciudad de Venecia, en donde han conseguido una vida holgada, en busca de otras experiencias:

Parescyóle al ayo que aquella vyda ya no hera buena para ponelle en las cosas que a tal persona pertenecyan. Delyberó salyr de ally a tierra fyrme y yr a casa de algún gran señor seglar para le hazer aprender las maneras, servycyo y cryança de las cortes, y que podrya mostralle a cavalgar en todas syllas; y para esto conpró sedas y paños y otras cosas que le parescyó ser neçesaryas (*Adramón*, IV, 267).

⁵ Líneas atrás, durante la descripción de Bolonia, se ha visto cómo el autor compara el mecanismo estudiantil en la ciudad de los Bentivoglio y en Castilla. Asimismo, durante las mismas reflexiones, se ha señalado como para describir el gobierno sienés el autor anónimo hace la analogía entre algunas figuras de poder de la ciudad italiana y cargos políticos comunes en Castilla como el corregidor y los alcaldes.

Este sentido educativo o formativo del viaje por las ciudades italianas se hace evidente en otros momentos de la narración y es lo que, en el fondo, motiva al autor anónimo a importar distintas estructuras literarias procedentes de otros géneros ajenos a los libros de caballerías, como los ya ampliamente citados libros de viajes. Para hacer una mixtura adecuada de todas las herramientas, el narrador procura mantener presentes a los personajes durante el periplo, aunque no lo logre en todas las circunstancias. El anónimo autor acude a estrategias que salvaguarden la verosimilitud de la narración, como cuando en Urbino pone en boca de un personaje local, el caballero Nuncio de la corte ducal, la amplia descripción del palacio de la ciudad con el precioso *studiolo* de Federico de Montefeltro. Otras veces, simplemente, nos recuerda que son los personajes quienes están viajando y observando todas aquellas cosas que él narra: «estuvieron todo un dya myrando estas cosas que muy poco les parescyó aver estado» (*Adramón*, IV, 329). Sin embargo, la mayoría de las veces es simplemente el narrador quien describe a los lectores las vistas de las ciudades, sin la mediación de terceros personajes o terceras voces, en detrimento del armazón caballeresco, pero ganando elementos a favor de la dimensión viajera de la misma.

Esta discrepancia en algunos momentos de la narración del viaje intenta subsanarse al final del mismo cuando, llegados a Galicia, Fedrique y Adramón tienen una conversación en la que se deja claro nuevamente el objetivo formativo del periplo. Dice el ayo:

Hijo, ya veys quantas tierras avemos andado. Lo que he hecho –como muchas vezes os tengo dycho– es porque veáys la tierra o corte que más a vuestro contentamiento sea, para que en ella asentés y byváys. (...) Quiero saber de vos en quál parte de las que avés vysto estaríades de mejor gana de asyento, syn jamás pensar partyros, y no dygáys que donde yo quisyere, porque quiero que vos lo dygáys y la verdad –lo que más os plaze– que yo haré después lo que más y mejor me parescerá (*Adramón*, IV, 341-342).

A la pregunta de Fedrique, Adramón no titubea en elegir Ferrara como su destino favorito:

Pues mandáys que dyga my voluntá, micer padre, digo que es estar en alguna gran corte y sy otra mayor no se pudyese aver; pues la de Nápoles no os contentó ny vynos la de Francya ny la d'Aragón ny de Castilla –en Ferrara me hallarya muy bien, porque ay muchos cavalleros y ya nos conocen y los conocemos. Esta es my voluntá y deseo (*Adramón*, IV, 342).

El ayo se contenta con la respuesta de su pupilo y termina recomendándole que al ser armado caballero se dirija a Italia:

Yo huelgo, hijo, de aver sabydo vuestra volunta y buena inclinación, que es a cosas grandes de cavallerya. Quiero deziros que sy Dyos os llega que lo séays, que jamás parés ny procurés d'estar sino en Rroma o en Ytalya, ally syrváys y ayudéys a todas las personas que avrán menester con vuestra persona y hazienda; y quanto mayor fue el necesitado o la necesidad, con mucho mejor voluntá y gana lo avés de hazer. Que haziendo cosas dynas de loar y de notar en aquellas partes, luego se sabe y suena por todo el mundo (*Adramón*, IV, 342).

Más tarde, queda en evidencia nuevamente el hecho de que el motivo del viaje es el afán por conocer, por ver nuevos lugares, por enriquecer el intelecto y, ¿por qué no?, también los bolsillos. Así convence Fedrique a Adramón de ir a Inglaterra:

Hijo, yo he sabydo que sy queremos yr por mar III o IIII días, podríamos llegar a una corte muy grande –una de las tres mayores del mundo– adonde he sabydo que son muy amados y estimados los forasteros, donde ay muchos grandes y señores; el rrey muy rrico, el rreyno no tyene par de mercaderes y riquezas; es ysla como Cecylya. Los forasteros que ally van, estando algún dya, y queriendo se tornar para sus tierras, les dan tanto –rrey, rreyna, y señores– que van rricos para syenpre. Yo tenya pensado de yr allá sólo por ver la corte y el rreyno, mas yr por mar no querrya porque os haze mucho mal (*Adramón*, IV, 343).

Así pues, el primer viaje de Adramón por la península itálica tiene un profundo sentido formativo para el joven y también para los lectores quienes, a través del periplo de los personajes, conocen las agitadas urbes de la Italia del *Quattrocento*. Sin embargo, no es éste el único viaje del personaje protagonista. Llegado a Inglaterra sin Fedrique (a quien cree muerto durante un naufragio en el Mar Tenebroso) Adramón es armado caballero en la corte londinense, aunque no permanece por mucho tiempo

allí: por orden de las sibilas debe abandonar el reino inglés y dirigirse nuevamente a Roma. Entonces, el joven emprende el viaje inverso y continúa su crecimiento axiológico. Atraviesa en un barco el Canal de la Mancha e inicia su andadura por tierra. Su nuevo periplo lo lleva a la villa de Tournai y a la corte flamenca en Bruselas; a la ciudad de Letur y a la corte ducal de Bretaña; al palacio del emperador de Alemania; a la corte francesa en París; a la ciudad de Lyon; a Viena y finalmente a tierras italianas a las que ingresa por la ciudad de Asti. Nuevamente en Italia, Adramón pasa por Pavía, Binasco, Milán y Ferrara, corte conocida y desde la que parte finalmente para Roma por una ruta descrita en el libro y que lo lleva a atravesar Florencia, Siena y Viterbo.

A diferencia del viaje de ida, este viaje de regreso no se acompaña de prolijas descripciones de las ciudades visitadas. No obstante, aún persisten algunos residuos de las herencias de los libros de viajes. De Viena, por ejemplo, se mencionan las reliquias de San Antonio y de Milán se explicitan el Duomo, el palacio de gobierno y algunas calles famosas por su actividad comercial. Existen varias razones que explican este fenómeno. En primer lugar, no hay que olvidar que el desarrollo del personaje le permite ahora tomar mucho más margen de acción: armado caballero, el narrador puede dedicarse a contar las hazañas de Adramón, como así sucede en Flandes, Bretaña, Francia, Alemania y Milán. Así pues, el espacio que antes ocupaban las descripciones urbanas pasa ahora a tratar del personaje en primer plano.

En segundo lugar, es probable que la experiencia viajera real del anónimo autor no haya alcanzado los reinos en los que transcurre este segundo viaje y, por tanto, no tenga la capacidad de elaborar detalladas relaciones como en el libro IV. Evidentemente, el autor anónimo conoce muy bien y de primera mano muchos rincones de la Italia renacentista, como así lo demuestran sus visiones de palacio ducal de Federico de Montefeltro o la belleza decadente de la Catedral de Monreale:

Supieron que una legua de ally estava Monreal, que solya ser una cibdad muy grande y de grandes edefycyos, de lo qual ya no queda syno la yglesya mayor, que hera y es arzobispado. Fueles dycho aun en el yglesya avya cosas de ver; fueron allá y no hallaron syno solo el cuerpo del yglesya en pye, que lo demás todo hera caydo; en el qual hallaron muchos mármores y alabastros y jaspes y

porfides, tantos y tales que no se podrán creer, y dellos hechas columnas y pylares muy grandes, y por las paredes puestas mesas y tablas de porfydes y jaspes: unas verdes, otras coloradas, otras pardyllas, otras de muchas colores y otras salpicadas de infnyntas colores. Están tan luzientes y bruñydas que se veen en ellos como en espejos. Ay por el techo y por las paredes y encyma de los altares muchas lavores y ymagynes de santos, hechos de musáyco –que es labor tan costosa que no se podrá dezyr– la qual agora no se usa por la mucha costa y tienpo que en ello se gasta. (...) estuyeron todo un dya myrando estas cosas que muy poco les parescyó aver estado (*Adramón*, IV, 328-329)⁶.

Por otra parte, el autor anónimo, al parecer, no estaría en disposición de hacer las mismas prolijas descripciones con las ciudades de otros países y regiones como Francia o Alemania, pues no los habría visitado durante largo tiempo. La impresión que transmiten las experiencias de *Adramón* por Italia es la de un viajero de carne y hueso que plasma sus recuerdos poetizados y literaturizados con tinta sobre el papel. De cualquier forma, la experiencia formativa de *Adramón* a través de su viaje es evidente: más patente a lo largo del libro IV, ligeramente diluida a través de los libros subsecuentes, pero presente. *Adramón* se forma, crece, se educa, aprende y reflexiona.

Valdría la pena preguntarse si el sentido formativo del viaje es un desarrollo auténtico del autor anónimo de *Adramón* o si se trata de una herencia literaria. La cuestión está servida. Naturalmente, la vista se extiende hacia uno de sus modelos principales, el *Guarino Mezquino*, ya sea en su versión castellana o en el original italiano. Para algunos, como Wild, es innegable que en la obra existen destellos de la valoración positiva del viaje como un elemento transformador del espíritu. Según el crítico, el *Guarino* «anuncia un cambio en el modo medieval de viajar. Es cierto que

⁶ Esta extensa cita ilustra, además, un fenómeno que aparece de forma más o menos frecuente en *Adramón* y que halla su expresión más acuciante en las urbes italianas del *Quattrocento* y el *Cinquecento*: la vivencia de la ciudad como experiencia estética. Sorprende que no se le dedique tanto espacio a los palacios de Ferrara, por ejemplo, cuyo panorama arquitectónico se transformó radicalmente por las mismas fechas de composición del libro gracias a la Adición Hérculea, pero es probable que los silencios del narrador se deban precisamente a su falta de conocimiento de estos edificios de primera mano. De cualquier forma, la jerarquía implícita de las ciudades italianas que establece el narrador, según lo que hay o no hay que ver en ellas, es reflejo de los efectos que causaban en los hombres de letras la lucha de las cortes italianas por embellecer sus ciudades: la experiencia estética era símbolo de poderío, de magnificencia y de autoridad (Chaves, 2012, 165).

Guarino inicia su odisea para encontrar a su familia; pero, finalmente, el texto sugiere un afán renacentista de la experiencia» (Wild, 1988, 351). Más tarde, el mismo crítico sentencia que puede verse en el personaje principal el desarrollo de la *concupiscentia oculorum*, «es decir, aquella curiosidad que en la Edad Media cristiana aún era considerada un vicio» (352). La hipótesis se sustenta, además, haciendo alusión a la posible intención enciclopédica del *Guarino* que, como el *Adramón*, se acompaña de descripciones más o menos extensas de los lugares visitados por el caballero protagonista.

No obstante, no hay consenso al respecto. No al menos en lo que respecta al modelo italiano, *Il Guerrin Meschino*. Para Cursietti «non se ne deve immediatamente dedurre la cosciente e matura partecipazione di Andrea alla nuova mentalità, come, forse troppo entusiasticamente, è stato fatto» (2005, XVIII). Según el investigador italiano, la obra de Barberino sigue anclada a los cánones culturales y literarios medievales y aunque algunos elementos anticipan y esbozan la experiencia humanística y renacentista, no son lo suficientemente fuertes, en su opinión, como para establecer que la obra puede adscribirse sin titubeos a una nueva estructura mental, cultural e intelectual. El sentido del viaje en el *Guerrin* vendría a ser pues, puramente medieval y no renacentista, como afirmara Wild. Claro que, para este caso particular, deben tenerse en cuenta las distancias entre la composición del italiano y la traducción sevillana, con todos los avatares que entre una y otra median y que no se refieren solamente al ámbito lingüístico: las experiencias históricas bien pudieron transformar códigos ideológicos del *Guerrin* original hasta ser completamente diversos en el *Guarino* castellano. De cualquier forma, sea cual sea el origen de la concepción del viaje en *Adramón*, es innegable que éste es concebido como una experiencia positiva para el desarrollo psicológico y axiológico del personaje protagonista.

A este respecto, mención especial merece la ciudad de Roma. Adramón visita en tres ocasiones distintas la Ciudad Eterna y en todas ellas se habla de la misma con el dominio propio de quien la ha visto, la ha visitado y la ha vivido. La primera estancia romana ocurre en el libro IV y es parte del periplo formativo del joven y su ayo. La segunda tiene lugar en el libro V, cuando acude Adramón por orden de las sibilas y ante

el llamado del Papa a la Cristiandad, quien ha convocado una cruzada para liberar Polonia del dominio de los cismáticos. La tercera y última estancia se da a finales del libro VI, cuando la verdadera identidad de Adramón como príncipe de Polonia ya es conocida por todos. Es allí, en su tercera vez en Roma, donde el protagonista es coronado como monarca de su país natal gracias a la previa abdicación de su padre, el rey Dionís.

En perspectiva, las tres estancias romanas de Adramón se corresponden con las tres principales etapas de su vida: la juventud, la formación caballerescas y la madurez. De la misma forma, la descripción de la ciudad varía por cada una de ellas. Viendo la ciudad como un joven aspirante a caballero, Adramón y Fedrique participan de las fiestas romanas y conocen los lugares de interés cultural de la urbe. Vuelto al centro de la cristiandad occidental ya armado caballero, Adramón conoce a los círculos políticos romanos, ingresa a la corte papal y se pone al servicio de la ciudad y de la Iglesia. En su visita final, habiendo alcanzado su plenitud, los roles se invierten y es esta vez la ciudad la que sirve al rey y no al revés. De esta manera, Roma se erige como un punto nodal en la narración. Quizás como una urbe análoga a la Constantinopla literaria de otros libros de caballerías que ya en el siglo XVI se halla convertida en una ciudad tópico.

No deja de llamar la atención el hecho de que en *Adramón* se transmita una imagen de Roma completamente diversa de aquella que circulaba más ampliamente en otras obras literarias del período. Para dar una idea del asunto, la primera vez que Adramón y su ayo Fadrique visitan la ciudad, se dedican principalmente a participar de las fiestas religiosas que, aparentemente, se realizan con bastante fe y serenidad en la sede de San Pedro:

En myrar estas cosas y otras muchas pasó tienpo hasta el primer dya de Cuaresma, que fueron a San Pedro porque el papa dezya misa, la qual oyeron con mucha devocyon y tomaron la cenya; acabada la mysa, el papa dyo la bendycyon. Fue mostrada la santa veronyca y el hierro de la lanza con que dieron la lanzada a Nuestro Señor. Luego anduvyeron los syete altares y otras estacyones y lugares santos donde se ganan muchas indulgencyas y perdones. (...) Cada dya yvan al iglesya donde era la estacyon y se ganavan perdones: toda la cuaresma gastaron en ganar perdones y indulgencyas y vysytar yglesyas y ver

rreliquias y cosas santas. (...) Pasada la cuaresma estuvo otros XV dyas, tanbyen vysitando cosas santas y vyendo edyfycyos y cosas antyguas, que cosa de memoria y dyna de ver no dexó que no vyesen (*Adramón*, IV, 314-315).

Roma se presenta como una ciudad volcada y dedicada a las celebraciones religiosas y también como un lugar cultural e histórico de interés. Más adelante, Fedrique y Adramón visitan monumentos como el Castel Sant'Angelo o la Basílica de San Juan de Letrán. Contraste abrupto representan textos como *La lozana andaluza* de Francisco Delicado o el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* de Alfonso de Valdés, ambos de la primera mitad del siglo XVI y fuertemente impactados por los sucesos del Saco de Roma de 1527. La imagen que transmiten esta dupla de obras es la de una ciudad absolutamente corrompida en el sentido moral, de vida apicarada y disoluta. Curioso resulta que mientras que Fedrique, durante su estancia en Roma, «apostentóse en un mesón, tras Campo de Flor hacia Tyber» (*Adramón*, IV, 313) sin experimentar ningún tipo de problema, en *La lozana andaluza* el *Campo dei Fiori* junto al *Rione Ponte* figuran como espacios de «intercambio comercial y, sobre todo, frecuentados por “embusteros y charlatanes”, así como por las prostitutas de la ciudad» (Torres, 2017). Dos visiones opuestas, casi coincidentes cronológicamente, de la plaza y del barrio que después y hasta hoy albergarán el último recuerdo de Giordano Bruno.

¿Qué se esconde tras el retrato romano que configura el *Adramón*? Ciertamente, se trata de un asunto que no puede agotarse en estas pocas líneas, pero, sin duda, atiende al profundo sentido ideológico que el autor anónimo le imprimió a su texto de armazón caballeresco y espíritu viajero. La compleja y poliédrica realidad romana escapaba tanto al lente de Delicado como a la pluma del anónimo autor de *Adramón*, pero ambos emplean ópticas coherentes con sus proyectos narrativos para aprehenderla. Investido confaloniero de la Iglesia, en el estado más alto de su evolución personal y caballeresca, Adramón no puede enarbolar las banderas de una ciudad en decadencia y de dudosa moral, sino representar, en analogía con su espíritu, los más altos grados alcanzados por la capital del cristianismo occidental. A final de cuentas, lidera una cruzada contra los enemigos de la fe.

***Adramón* y la literatura española en Italia**

En su discurso al recibir el premio Nobel de Literatura en 1990, el escritor mexicano Octavio Paz afirmó que «las lenguas son vastas realidades que trascienden a las entidades políticas e históricas que llamamos naciones» (Paz, 1990, 2) y, para explicar el origen de la literatura hispanoamericana, definió a las lenguas como plantas bastante particulares, capaces de arraigar en cualquier tierra distinta de la que han brotado. Esta bella metáfora sirve también para toda la producción literaria en lengua española producida en tierras italianas. Desde la génesis hasta la difusión y la definición, la literatura española se enriqueció de forma incalculable gracias al aporte italiano. No hay que olvidar que «l'Italia costituisce lo scenario della prima espansione della letteratura castigliana al di là delle sue frontiere, prima ancora che la si potesse propriamente identificare come letteratura spagnola» (Cabo Aseguinolaza, 2013, 181).

Naturalmente, ningún conocedor de la literatura española niega la importancia que para su desarrollo tuvo Italia como motor cultural de la Europa premoderna. Italia como referente, como inspiración o como tema irrumpe en el espíritu literario español y lo enriquece. La impronta italiana en las letras peninsulares comienza a sentirse con fuerza en el siglo XIV, en una Castilla «deslumbrada», en palabras de Gómez Moreno, por los trabajos de los grandes creadores del *Trecento*, y se extenderá a lo largo del Siglo de Oro. Vínculos intelectuales que se fortalecerán por las experiencias políticas de la corona de Aragón en el Mediterráneo y el sur de Italia, consolidadas también por aquellas fechas (Gómez Moreno, 1994, 37-39). Inútil sería intentar comprender el hecho de que el libro IV de *Adramón* sea una curiosa mixtura entre una narración caballescica y un libro de viajes por la península itálica si nos olvidamos de estas circunstancias históricas. El príncipe polaco perdido y su ayo no serán los únicos personajes salidos de una pluma española que vaguen por el país vecino en busca de aventuras. Recuérdese, por ejemplo, a ese despechado caballero sevillano, Luzmán, cuya historia conocemos gracias al genio de Jerónimo de Contreras (autor, por cierto, de otro libro de caballerías de espíritu italiano, el *Polismán de Nápoles*), cuya obra, la *Selva de aventuras*, se

publicó por primera vez en Barcelona en 1565.

Sin embargo, los dos narradores distan mucho de ser similares pues dispares eran sus intereses. Luzmán, como Adramón, visita Roma, Venecia o Ferrara, pero de ninguna de estas ciudades se refieren detalladas relaciones sino simplemente escuetas menciones de algunos monumentos públicos. Resulta comprensible esta circunstancia, pues el sentido del viaje en la obra de Contreras «se realiza desde la perspectiva cortesano-sentimental de un héroe que evoluciona hacia una dirección ascética dentro de un proceso de formación cristiana» (Fernández, 1997, 83); mientras que en *Adramón* el viaje por las ciudades tiene un sentido formativo cortesano-caballeresco. Curiosamente, este libro de caballerías anónimo estaría más cercano de obras aún más lejanas en el tiempo. Piénsese por ejemplo en los comentarios que sobre Italia incluye Cristóbal Suárez de Figueroa en *El pasajero*, cuya relación del reino de Nápoles, por ejemplo, ofrece todo tipo de información minuciosa⁷ tal y como hace el anónimo libro de caballerías, aquí objeto de estudio.

No hay que olvidar, pues, que la relación de las ciudades italianas en el *Adramón* acentúa el carácter realista de la obra. No deja de sorprender la elección del autor anónimo de combinar dos estructuras que, a simple vista, parecen tener direcciones opuestas. Por un lado, los libros de caballerías, abocados a la creación de mundos con límites de verosimilitud bastante amplios; por el otro, los libros de viajes de tendencia realista, atados a lo pragmático de la vida y del mundo cotidiano. En cualquier caso, el autor anónimo de *Adramón* apostó por una propuesta ficcional de acento verosímil, con la que buscaba instruir deleitando a sus lectores, ofreciéndole a su público la posibilidad de visitar las vecinas tierras

⁷ Sirva de ilustración la introducción a la descripción del reino de Nápoles en boca del doctor en *El pasajero*: «Pásase después a Nápoles, cabeza del reino, a quien antes de entrar en la ciudad será acertado describir. Confina hacia poniente con el Estado Eclesiástico por espacio de cincuenta leguas; lo demás es ceñido del mar Tirreno, Jonio y Adriático. Tiene quinientas de circuito. Su longitud es de ciento cuarenta y ocho; la mayor latitud, de cincuenta. Comúnmente se divide en doce partes: Tierra de Labor, Abruzo, citra y ultra, Apulia llana, Capitanato, Principado, citra y ultra, Basilicata, Calabria inferior y superior, Tierra de Bari y de Otranto. Escriben contener dos mil y setecientas poblaciones, de quien las veinte son arzobispados, obispados las ciento y veinte y siete, donde se alimentan poco más de dos millones de almas. El número de príncipes, duques, marqueses, condes, etcétera, es por extremo crecido y va de continuo cobrando aumento. Corre a todos obligación de servir personalmente por la defensa del reino» (Suárez de Figueroa, 2018, 384).

italianas al tiempo que le daba la oportunidad a sus personajes de ir creciendo gracias a las experiencias del viaje.

§

Bibliografía citada

- Adramón* = Anónimo, *La corónica de Adramón*, ed. Gunnar Anderson, Newark, Juan de la Cuesta-Hispanic Monographs, 1992.
- Aguilar Perdomo, María del Rosario, «Geografía real y geografía imaginaria en el *Felixmarte de Hircania* (1556) de Melchor de Ortega», en *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (A Coruña: 18 – 22 de septiembre de 2001)*, Vol. 1, coords. Mercedes Pampín Barral y Carmen Parrilla García, A Coruña, Universidade da Coruña, 2005, pp. 235-250.
- Baranda, Nieves, «El *Guarino Mezquino* [1527]», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 289-304.
- Barberino, Andrea da, *Il Guerrin Meschino*, ed. Mauro Cursietti, Roma – Padua, Editrice Antenore, 2005.
- Beltrán, Rafael, «Los libros de viajes medievales castellanos. Introducción al panorama crítico actual: ¿cuántos libros de viajes medievales castellanos?», *Revista de filología románica*, Anejo 1 (1991), pp. 121-164.
- Borsari, Elisa, «Los libros de caballerías en la corte de los Gonzaga, señores de Mantua: la biblioteca de Isabela de Este y Federico II», en *De cavaleiros e cavalarias. Por terras de Europa e Américas*, ed. Lenia Márcia Mongelli, Sao Paulo, Humanitas, 2012, pp. 191-204.
- Cabo Aseguiolaza, Fernando, «L'Italia o l'invenzione della letteratura spagnola. *Frenching Amadis*. Stampa e orizzonte europeo. Ancora traduzioni. I viaggi di *Diana*. Picari pellegrini», trad. de Anna Bognolo, *Historias Fingidas*, 1 (2013), pp. 177-199.
- Cacho Blecua, Juan Manuel, «Observaciones sobre el texto de *La corónica de Adramón*», *Romance Philology*, 49, 1 (1995), pp. 52-72.
- Chaves Martín, Miguel Ángel, «La ciudad como obra de arte. Un nuevo modelo de ciudad en la Italia del Renacimiento: Ferrara (1492-1505)», *Arte y ciudad*, 2 (2012), pp. 155-178.
- Curtius, Ernst Robert, *Literatura europea y Edad Media latina*, 2 vols., México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Fernández Mosquera, Santiago, «Introducción a las narraciones bizantinas del siglo XVI: el *Clareo* de Reinoso y la *Selva* de Contreras», *Criticón*,

- 71 (1997), pp. 65-92.
- García Sánchez, Enrique, «Libros de viaje en la península Ibérica durante la Edad Media: Bibliografía», *Lemir*, 14 (2010), pp. 353-402.
- Gómez Moreno, Ángel, *España y la Italia de los humanistas: Primeros ecos*, Madrid, Gredos, 1994.
- Llácer Carbó, Laura, «El Más Allá de las Sibilas en la traducción castellana de *Il Guerrin Meschino*», *Tirant*, 20 (2017), pp. 85-100.
- Lucía Megías, José Manuel, «Notas sobre el código y la fecha de la *Corónica de Adramóm*», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron: estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. Julián Acebrón Ruiz, Lérida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2001, pp. 41-60.
- , «Tres postales caballerescas para un viaje literario (con un epílogo poético)», *Revista de filología románica*, 4 (2006), pp. 183-187.
- Marín Pina, Carmen, «Los libros de caballerías en el espacio y el espacio en los libros de caballerías», en *Espacios en la Edad Media y el Renacimiento*, coord. María Morrás Ruíz-Falcó, Salamanca, Universidad de Salamanca, Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas (SEMYR), 2018, pp. 87-139.
- Martínez Muñoz, Ana, «Geografía y libros de caballerías: Martín Fernández de Enciso, Jerónimo de Chaves y Paolo Giovio como fuentes de la cartografía caballeresca», *Historias Fingidas*, 5 (2017), pp. 3-23.
- Molina Molina, Ángel Luis, «Pero Tafur en Italia (1436-1439)», *Estudios sobre patrimonio, cultura y ciencias medievales*, 16 (2014), pp. 277-320.
- Paz, Octavio, «La búsqueda del presente», (1990). URL: <<https://www.nobelprize.org/prizes/literature/1990/paz/25350-octavio-paz-nobel-lecture-1990/>> (cons. 23/04/2021).
- Pérez Priego, Miguel Ángel, «Estudio literario de los libros de viaje medievales», *Epos: Revista de filología*, 1 (1984), pp. 217-240.
- Sales Dasí, Emilio José, «Literatura de viajes y libros de caballerías: la *Crónica de Adramóm*», en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo románico*, coord. Rafael Beltrán Llavador, Valencia, Universidad de Valencia, 2002, pp. 385-409.
- Suárez de Figueroa, Cristóbal, *El pasajero. Advertencias utilísimas a la vida humana*, ed. Enrique Suárez Figaredo, *Lemir*, 22 (2018), pp. 355-648.

Tafur, Pero, *Andanças é viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435-1439)*, Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1874.

Torres Salinas, Ginés, «Algunas notas sobre *La lozana andaluza* y el retrato renacentista de ciudad», en Juan Ruiz, *Arcipreste de Hita, y el Libro de buen amor: Dueñas, cortesanas y alcabuetas. Libro de buen amor, La Celestina y La lozana andaluza: Congreso en homenaje a Joseph T. Snow*, coord. Francisco Toro Ceballos, 2017, s. p.

URL:

<https://cvc.cervantes.es/literatura/arcipreste_hita/05/torressalinas.htm> (cons. 22/04/2021)

Wild, Gerhard, «Guarino caminando a Santiago de Compostela (Geografía, conocimiento del mundo e ideología en la *Corónica del noble cauallero Guarino Mezquino*)», en *Actas del XI Congreso Internacional de la Sociedad Rencesvals, Barcelona, 22-27 agosto 1988, Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 22, 1988, pp. 347-357.